## LA PALABRA ENCADENADA

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Los de Mio Cid a altas vozes llaman los de dentro non les querién tornar palabra

Del "Cantar de Mio Cid"

En esta época de sindicatos y gremios, de corporaciones y estados. de formas convencionales y rituales infinitamente complicados, es decir, de máxima alteración y enajenación del hombre, o, lo que es igual, de crisis, ciertas palabras están por completo desvalorizadas. Precisamente porque su sentido auténtico quedó ahogado por su sentido convencional, "social"; precisamente porque han agotado sus posibilidades interiores. En efecto, si se ha de hacer el diagnóstico de nuestro tiempo no solo tenemos que comenzar alinderando el "repertorio" de sus convicciones, sino el de sus palabras. Pues así como las convicciones funcionan socialmente, las palabras, esto es, sus soportes, su mecanismo inteligible, también tienen una articulación y función social. Que hoy se prefieran estas palabras contra aquellas otras; que se haya perdido la fe en tales y cuales voquibles para otorgársela total y plenamente a los de más allá no es hecho accidental y pasajero: un hijo menesteroso del azar, que de tal modo expresa su canto de gallo, su "emoción del alborada". Lo decisivo en este asunto es que, aparte de las que usen los individuos como tales, encontramos un "repertorio" de palabras establecidas, constituídas colectivamente. En suma: que existe en cada época un grupo de vocablos -y no otro, de manera alguna— con vigencia social, pues, parejamente, están vigentes y como pululando en su estrato básico y más profundo lecho social determinadas e inequívocas creencias.

No voy a expresar ahora, claro está, cuáles son las convicciones dominantes, aunque al señalar algunas de las palabras que integran este sistema orgánico, el intelecto, por fuerza, tiene que dispararse hacia aquel cuerpo de creencias. Pero no solo esto. Acaso resulta mejor la comprensión de una época abordándola por lo que niega: díme con quien no andas, y te diré quién eres. ¿Cómo? ¿Se trata de juzgar al hombre por su sombra? Definitivamente, no. La cuestión es de otro cariz. Los hechos sociales ostentan, cual el dios Jano, doble faz: de un lado son realidad viva, actuante, y de otro, por el contrario, sustancia inerte e inactiva. Diríase que uno lleva siempre al otro, inválido, sobre sus espaldas.

Y como el idioma es una de las grandes realidades sociales (1), el diagnóstico de las palabras en desuso servirá de finísimo barómetro para medir la altura de las faenas en que la sociedad anda irremediablemente metida. O sea sus convicciones radicales, las cuales son, forzosamente, una interpretación de la vida que sin tregua nos compele a reaccionar, ya activa, ya pasivamente. El idioma viene a ser, pues, como una moneda: con su anverso y su reverso. De donde resulta que la sociedad para vivir necesita, gústele o no, de esas palabras desjugadas de su sentido primigenio. Por tanto, en este parlar y reparlar de cada hora y todos los días, con su perenne tensión de angustias y dichas, la palabra encadenada tiene también su jerarquía. Y estas voces menguadas, secas, con las cuales se anda a contrapelo, definen, en último término, los límites de nuestra época, justamente porque con su papel de mojones señalan hasta dónde pueden llegar "las ideas de la época" y el "espíritu del tiempo".

A poco que analicemos los giros de nuestro tiempo, hacen, como en la comedia de Shakespeare (¡Al fin y al cabo, el mundo entero es un teatro!) sus entradas y sus salidas dos grupos: uno, el de las voces con plenitud y juventud -por decirlo así-, el de las expresiones canónicas; otro, el de los giros cansados, verdaderamente extravagantes: 1º, trabajo, acción, práctica, realidad, técnica, civilización, etc. S. A. dixit; 2º, ocio, contemplación, poesía, descanso, cultura etc. ¡Voila l'ennemí! ¡Ecrasez l'infame! Ahora bien, fijémonos solo en esta segunda serie. Pero como contemplación, poesía, descanso y aún la misma cultura están predeterminadas en el ocio, hasta tal punto que sin él no pueden existir las otras, basta con establecer su alcance actual. Mas, ¿cuál puede ser este alcance? Si abrimos, por ejemplo, el Diccionario Español de Sinónimos y Antónimos, de Sainz de Robles, vemos que para "ocio" se dan los siguientes equivalentes: desocupación, ociosidad, abstención, inacción, pausa, desaparición, descuido, holganza, recreo, asueto, vagar, vagancia, holgazanería, descanso, retiro, jubilación, huelga, paro, horas muertas, ratos perdidos, y, por si fuese poco, espera. Por sí misma esta serie nos ofrece la realidad presente del "ocio", esto es, su papel dentro de una civilización de técnicas y trabajos desarrolladísimos. Se trata, es cierto, de una significación fraudulenta; pero exacta desde el punto de vista de la opinión colectiva, puesto que la palabra es, primordialmente, sentido. Veámoslo: fue el ocio uno de los grandes polos dentro de los cuales la antigüedad clásica desenvolvió el repertorio de sus quehaceres vitales. Por aquellas calendas, la vida iba desde el otium hasta el nec-otium. Bajo el primero, se hacía todo aquello estrictamente humano, como trato social, ciencias, artes, organización. Y, sobre todo, pensar. Era, en consecuencia, un género de ocupación profunda, a cuyo través la persona humana percibía sus más puras esencias. Quisiéralo o no, al antiguo se le imponía, desde fuera, el ocio. Con el nec-otium, en cambio, se buscaba satisfacer todo el cúmulo de necesidades elementales que al hombre se le plantean y que actualmente preven, más o menos, la economía y las ciencias aplicadas. Pero no eran dos potencias enemigas; todo lo contrario: eran fuerzas aglutinantes de eso que se lla-

<sup>(1)</sup> El lenguaje es considerado no solo un hecho sicológico o aún inter-sicológico, sino también un hecho social. El idioma, como dice João de Sousa Ferraz, preexiste a los individuos, como hecho exterior a ellos, y les sobrevive.

mó, andando el tiempo, "quehacer vital". No son, por tanto, inexactas ambas significaciones del ocio: el de las calendas griegas y el de su ser actual. ¡Milagro de la palabra!

Tenemos, en consecuencia, que para el hombre moderno ocio equivale a negligencia, descuido, holgazanería, horas muertas. Pero, ¿a qué se debe semejante mudanza de sentido? Ya lo he dicho antes: las palabras en desuso sirven para medir la altura de las faenas en que la sociedad anda irremediablemente metida. Es innegable, por lo menos, que, socialmente hablando, la palabra constituye una diminuta colmena donde cada época deposita la miel de sus preferencias o la hiel de sus enemistades. Y el vocablo ocio ha servido para que nuestro tiempo deposite allí su enemistad contra todo lo rigurosamente humano. Mas... ¿por qué? Nada menos que por esto: porque siendo la vida del hombre soledad en su más libérrimo estrato, la colectivización o socialización del hombre, es decir, su absorción, enajenación o alter-acción por el yo social acaba por falsificar su vida, o sea su soledad. Y con esta, al ocio, pues es el camino para retirarse de lo social y "ensimismarse". Aunque parezca increíble, el hombre socializado comienza prohibiéndose tomar contacto consigo mismo, y entonces cierra, adulterándola, la vía hacia su autenticidad. Ahora advertimos plenamente el significado de aquel cambio de sentido del ocio. Con él, con su lastre de holgazanería y pérdida de tiempo, el hombre "socializado" se distancia y separa de cualquier "vuelta a la naturaleza"..., ¿qué digo?..., de todo regreso a su yo radical. El que no quiera lo que puede, que pueda lo que quiere (2). ¡De este modo, así, terriblemente así!

Y, en efecto, el hombre enajenado puede, a fuer de ser tal hombre, lo que quiere. Puede, por lo pronto, encadenar la palabra.

<sup>(2)</sup> Por supuesto, la sentencia original y magnífica es esta: "El que no pueda lo que quiere, que quiera lo que puede" (Leonardo). Creo que no necesito explicar por qué la desdoblé.